

## AQUÍ CON MÍ

El título merece una explicación filológica y, además, personal. Cuando a mi sobrina de dos años se le preguntaba dónde estaba, ella respondía: “aquí con mí”. Y nosotros le corregíamos diciendo que lo correcto era “conmigo” (aparte, claro, de que todos estamos con nosotros. Ya decía Unamuno que él era el hombre que tenía más cercano). Pues bien: ella tenía razón y nosotros estábamos equivocados. En latín “mecum” es “conmigo” y en romance nos da “mego”. Y como se había perdido ya la relación entre “cum” y “go”, se volvió entonces a doblar “cum”. En realidad, decimos “con micon” queriendo decir “conmigo”. ¡Para que luego hablen los puristas del idioma!

## ECCE HOMO

Yo no sé si es narcisista realizar un perfil mío. ¿Puede interesar a alguien ese yo, mi, me, conmigo? Ahora bien, si voy a desnudarme por partes, bien puedo reunir esas partes en un todo.

Yo, pecador, me confieso ante el lector. Dios me ha perdonado el pecado de la envidia a cambio de darme una doble ración de orgullo. “Il est fière”, decían de mí los franceses. Tengo un exagerado sentido del amor propio, de la honrilla y de la honra. Antes morirme de hambre que vivir de prestado.

Humildad, humildad, divina virtud ... También soy terco y obstinado, aunque tengo la eximente de que me viene de raza. Como todos los tópicos, la terquedad baturra tiene un punto de realidad. El joven Ramón y Cajal, si creía tener razón, era capaz de discutir durante horas hasta que se reconociese su triunfo (lo dice él mismo en sus memorias).

¿Soy inteligente? Como ya he dicho alguna vez, la inteligencia va por barrios y por calles. Así aquel chiste sobre si funcionaba el interruptor: “ahora sí, ahora no”. La mujer de un amigo – éste sí con la cabeza bien amueblada – le decía en sorna: “¡Ay!, con lo inteligente que a veces pareces ...”. Sin embargo, sea o no lo sea, reivindico una cualidad mía incuestionable: poseo esa *libido sciendi*, el deseo sincero de saber, la vocación intelectual. Suele decirse que la filosofía comienza con la curiosidad. Y ésta va desde el vulgar chismorreos sobre “dónde se mete la chica del diecisiete”, etc. hasta el asombro ante el espectáculo de la naturaleza. Yo hubiese estudiado con gusto el curso introductorio de diez carreras sin desear llegar al final en ninguna de ellas. Esto es un vicio nefasto, así no van bien las cosas. Un médico debe estudiar el hígado, aunque haya algunos que les dé por hacer biografías históricas. De Marañón se decía que era el mejor endocrinólogo de los escritores y el mejor escritor de los endocrinólogos. España es un país de maliciosos.

Me gusta mariposar, saltar de una flor a otra flor. Pero esa dispersión, esa incapacidad para constreñirme en una materia concreta viene a ser como atrapar a

una anguila escurridiza con las manos untadas de aceite. Quien desea ascender a catedrático debe descender hasta la nota a pie de página. Y a mí , que no tengo hipoteca, no me gusta tampoco la letra pequeña.

De otra parte, no sé si es virtud o defecto congénito, me desagrada el “bien quedar”, el tartufismo, la doble cara. La sonrisa delante y la puñalada detrás. Antes antipático que falso. Claro está que la vida social requiere siempre una cierta dosis de hipocresía. Si no, la selva: monte y culebra.

## MI FAMILIA

Todos los hombres nacen dentro de una familia. Yo soy hombre, *ergo* ...

Mi padre era vendedor de pescado; mi madre, ama de casa. Casi todas las virtudes y los defectos que poseo se deben a ellos. Claro está que yo les he añadido un toque personal. Ambos tenían un estilo educativo muy distinto. De mi padre aprendí que no debemos preocuparnos más allá de lo estrictamente necesario en la vida: *Don't worry, be happy*. A esto algunos lo llaman comodidad. Su lema, como el mío, era: “vive y deja vivir”. ¡Y qué alivio era esa libertad concedida! Pero no se trataba de un estilo pedagógico consciente sino la limitación de su función paternal al fin tradicional de los hombres: “traer la caza para alimentar a la familia”. Todo lo demás, para la parienta.

Mi madre, sin ser autoritaria, tenía un estilo sutilmente directivo. A fuer de instinto maternal, me sobreprotegió hasta convertirme en un tonto inútil. Baste decir que ya pasada la veintena me acompañaba al urólogo y todavía me lavaba el cabello como si estuviera en una peluquería. De mi madre aprendí un radical odio hacia las mentiras, incluso las mentirijillas, y una honestidad a prueba de cualquier caja fuerte abierta. Era incapaz de tomar ni siquiera una perragorda que no le perteneciese.

Mi hermana es cinco años mayor y, siendo de carácter más débil, fue la víctima de la fuerte voluntad de mi madre. Una vez que llegaba tarde a casa – se había entretenido con un chico – mis padres la reprendieron duramente. Y yo, muy carca en aquel entonces, me puse del lado de los poderes fácticos atizándole una bofetada. Me convertí en el brazo ejecutor de la injusta justicia. Mi hermana todavía me recuerda ese extremado celo punitivo. Yo no lo recuerdo. Evidentemente la mano olvida antes que la mejilla. Los agredidos tienen mayor memoria de la afrenta que sus agresores. Los españoles todavía llamamos franchutes o gabachos a nuestros vecinos galos mientras que ellos no se preocupan en absoluto de nosotros. En otras naciones, como Inglaterra o Alemania, he comprobado asimismo ese rechazo latente hacia la patria de los Molière y Voltaire. ¿A qué se debe esa inquina, aunque ya esté hoy bastante diluida?. Francia es un hexágono y su posición central en Europa hace que sea

limítrofe con seis países: Bélgica, Alemania, Suiza, Italia, España, Inglaterra (tan sólo separada por el estrecho canal de la Mancha, que no es una “mancha” sino una manga). De esa posición geográfica resulta que se ha visto envuelta directamente en casi todos los conflictos europeos. Vamos, que ha reñido con todos.

Mi hermano es siete años menor que yo, y veinte centímetros mayor que yo. Así como en la talla, también diferimos en el carácter. Él ama los deportes, yo amo los libros. Tuve que darle dinero para que leyese su primer libro. Ese amor al deporte le acercaba más a mi padre. Así como algunos son monárquicos sin lealtad, mientras la institución funcione, yo era “Realzaragocista” sin la intención de acompañarlo hasta la segunda división. Mientras fuese campeón como en aquel golazo extraordinario de Nayim ... En cualquier caso, el fútbol era el único tema común con el cual podía conversar con mi padre. ¿De qué iban a hablar un niño con ínfulas intelectuales y un hombre maduro cuyas lecturas – no todos lo hacían – se limitaban al periódico local?

No hemos sido nunca una familia muy afectiva, de esas que se abrazan constantemente y se besuquean cuando van a la cama. Ahora bien, esto no significaba que no hubiese amor entre nosotros. Iba por dentro, había un cierto pudor en mostrarlo o, sencillamente, eramos así de secos. Solamente recuerdo un beso de mi padre siendo niño y fue cuando me creía dormido en la cama.

La relación entre mis padres era la normal entre los matrimonios de la época. Al llegar el divorcio muchas parejas se separaban tras pocos años de convivencia y mi madre decía: “es que no aguantan nada”. Ciertamente el matrimonio consistía muchas veces en un asunto de resistencia. En las peleas domésticas, tras la declaración de guerra, los dos bandos hostiles no se dirigían la palabra. Yo era el forzado mediador: “Dile a tu madre que ...”, “contesta a tu padre que ...”. Y entre los contendientes no existía más que una distancia de dos metros, la que iba del salón a la cocina. Me imagino los apuros del Vaticano haciendo de mediador en la actual guerra entre Ucrania y Rusia. Por desgracia, este conflicto no se resolverá comprando un reloj de cuco en la pared y una comida en un cierto restaurante *chic*.

## MI ESCUELA

Mi escuela era un cuadrado con un patio interior. En ese patio había dos grandes árboles que, teniendo la distancia adecuada, nos servían como portería para jugar al fútbol. A veces he pensado si dichos árboles se habían plantado en vista a ser una portería y si el edificio se había construido en torno a esos dos troncos con intenciones similares. Ya sabemos que un cañón se hace tomando un agujero y rodeándolo de hierro. Pero hoy ya no está de moda la teleología entre los naturalistas. Huele a metafísica y a un aroma celestial apologético.

En esa escuela primaria tuve una experiencia religiosa, casi casi religiosa. Yo sentí como si viese a través de los ojos de un compañero sin dejar de ser yo mismo. Era como si yo fuese un fantasma que me hubiese entrado dentro de su cuerpo. Aún recuerdo el rostro de aquel niño.

También en la escuela asistí al primer acto de sabotaje (la etimología de este nombre es bastante conocida como para explicarla). En la estufa de carbón se arrojaba muchos papeles para provocar una humareda negra y tener que desalojarnos del aula. Algo, claro, que hacíamos con gran alborozo, mucho mayor que el enfado resignado de la maestra. Y hablando de carbón me viene a la memoria un saqueo de aquel mineral. Un camión, cargado con eso que los reyes magos traen a los niños malos, volcó en una explanada. De improviso salieron todos los vecinos llevando capazos para apropiarse de la mercancía, la cual desapareció en unos instantes como un trozo de jamón devorado por miles de hormigas. Pobreza en el desarrollismo ...

También recuerdo la distribución gratuita de unos botellines de leche. No creo que fuesen ya el regalo – “americanos ...” del tío Sam sino más bien un donativo de una empresa local. El padre de cierto compañero nos daba sobres de chocolate en polvo y ese mestizaje del cacao y los lácteos era nuestra primera lección contra el racismo digestivo.

## LOS LIBROS

A veces algunos ingenuos me dicen: “qué suerte que gustándote los libros trabajas en una biblioteca”. Estos olvidan que amar a las mujeres no es que te gusten las rubias, morenas, pelirrojas, delgadas o gruesas, etc. (claro que algunos las “prefieren” – valga la falta de lógica – “todas”, sin distinciones jerárquicas). Un libro es algo más que un montón de páginas dentro de unas tapas. Un libro tiene un tema concreto, un cierto autor, un género, un estilo, etc. Y hasta un formato particular. En algunas ocasiones, desconociendo al escritor, he desechado buenos libros en mal estado para conservar otros peores con mejor planta. En las bibliotecas la fachada no lo es todo, pero es mucho más que nada. De otra parte, los libros son para ser leídos y no para pasarlos entre las yemas de los dedos.

Yo descubrí el mar a los ocho años como los marinos españoles descubrieron el Pacífico al doblar el cabo de Hornos. Mi descubrimiento del libro, aunque ya tenía unos pocos en casa, fue cuando a los quince años me saqué el carné de la biblioteca pública. ¡Tanto libro a mi disposición!. Nunca me ha gustado leer en una biblioteca, todo el mundo en silencio, sentados en sillas que apenas crujen y con la cabeza gacha doblados como signo de interrogación sobre la letra. Como un águila atrapaba la presa, cogía el libro y me iba con él en la mano a devorarlo en mi nido. Me gusta mucho leer en el banco de un parque.

Tengo un defecto en la lectura de los libros, un vicio que no he logrado nunca borrar del cuaderno de faltas. Yo soy incapaz de leer únicamente un libro, acabarlo y comenzar otro. A menudo leo dos libros a la vez y lo que gano en extensión lo pierdo en tiempo. En cualquier caso, procuro que esos dos libros sean de género diferente.

Mi relación con los libros se mueve entre la fidelidad al autor y la deslealtad. Es cierto que uno escoge un libro, pero si me aburre tengo una mala conciencia para dejarlo. Pienso que más adelante, tal vez, quizás, puede ser, quién sabe, algo sea provechoso ... En cualquier caso, cada vez soy más infiel. No me siento obligado a seguir la lectura de un libro que no ha logrado captar mi atención en las cincuenta primeras páginas. Yo soy un firme defensor del derecho a no leer, y sobre todo cuando los amigos nos importunan con sus partos literarios. Mea culpa , mea culpa.

A veces la lectura se convierte en mero esnobismo. “¿De veras que no ha leído usted el nuevo libro de ...?”. Si fuese profesor de una materia literaria estaría obligado profesionalmente a tal o cual lectura. Pero no siendo así me considero tan libre como para comer jamón de York o bien jamón serrano. En los supermercados hay tantos productos como en una biblioteca. Cada cual haga su dieta.

Tengo ciertos prejuicios sobre “los libros más vendidos”, “tantas decenas de miles de hombres y mujeres no pueden equivocarse”. A decir verdad, estos libros no tienen que ser necesariamente malos. La novela de Don Quijote entra en esa categoría. Sin embargo, tengo precaución cuando huelo un excesivo tufillo comercial. El dinero convierte en escritor al más memo. Mi criterio sobre esos libros “más vendidos” es muy claro: un libro sigue siendo bueno hoy en la librería y mañana en una feria de ocasión, antes de que salga al público “el nuevo libro del famoso ...”.

Yo prefiero – salvo valores seguros - leer a los autores muertos cuando ya están recomidos por los gusanos. Todo yantar precisa reposar. Cuando muere un escritor, incluso olvidado, los escaparates se llenan con todas sus obras. Hasta entonces sus mismos libros estaban ahí disponibles al alcance de todos. Pero hace falta estar a tono con el ritual literario.



## EL SEXO

La primera vez que me excité sexualmente fue viendo las bragas de una niña. Puestas, naturalmente. Yo tendría algo así como siete años (no sé si esto es precocidad o retraso). A veces suelo bromear diciendo que mi virilidad comienza en el instante en que la comadrona me da una cachetada en las nalgas. Pero, claro, esto es una chanza burlona para darme pisto. En cualquier caso, si se considera que los siete años es la edad del uso de la razón, es razonable pensar que el deseo sexual se inicie también haciendo perder a tantos hombres el uso de la razón. Ya sabemos, “la razón de la sinrazón, etc.”, que diría don Quijote (esta cita superflua es para demostrar que sí me he leído la obra cervantina).

Hasta entonces las niñas eran unos seres extraterrestres y con las cuales no se podía hacer otra cosa más que horrendos pareados: “¡Hurra, hurra, hurra! Las chicas a la basura”. Pero después de estas efusiones poéticas se volvía a jugar a las canicas. Cerca de mi calle existía un bar de alterne, vulgo *puticlub*. La puerta abierta tenía una cortina que se abría algunos segundos cuando algún feligrés deseaba rendir culto a alguna diosa del vicioso placer. Los chicos – yo el menor – nos apostábamos curiosos ante la puerta para ver si alguna teta caía en los ojos. “¡Ay va lo que he visto!”, decía uno; “pues yo ...”. Y lo cierto es que solamente se veía el reflejo mortecino de una luz roja. Todos los chicos se reían y este servidor, un cándido sin Cunegunda, también me reía. ¿De qué?

En la secundaria nos juntaron con las chicas (para volver a separarnos en el bachillerato). Entonces descubrimos que no eran extraterrestres, hablaban como nosotros y se parecían mucho a nuestras hermanas, aunque con éstas no nos poníamos rojos en su proximidad. Mi primer amor fue una niña rubia, de larga cabellera. Era un amor platónico, si bien todavía no había atravesado por Sócrates para llegar hasta Aristóteles.

En el bachillerato sentí en mis carnes adolescentes el suplicio de Tántalo. Me habían acercado a las chicas para que luego un malhadado ministro, o quien fuese, me las apartase. “Santa Rita, Rita, lo que se da ...”. En aquel tiempo solamente había dos

institutos en mi ciudad: uno masculino, el Goya; otro femenino, el Miguel Servet. La mezcla estaba aún, como la manzana bíblica, prohibida. Una vez, antes de las vacaciones de navidad, un regimiento de rebeldes féminas – más atrevidas - acudió a nuestro Instituto para incitarnos a salir. Y el director, como un Agustino de Aragón, brazos en jarra, se plantó ante la puerta exclamando que, mientras él estuviera al mando de la nave, ninguna horda de faldas entraría en ese recinto de testosterona.

Y así fue.

La democracia, junto con la separación de los tres poderes, acabó asimismo con la separación de los tres sexos.

¿Y la masturbación? - me dirá algún malicioso. Solamente puedo responder que no me he quedado ciego, aunque mis escrúpulos judeocristianos me costaron. Y el que esté libre ...

¿Putas? No, gracias.

En cuanto a la primera vez que practiqué el sexo fue en la primera vez que practiqué el sexo.

La ceremonia de iniciación sexual es secreto de sumario... Y no pienso alzarlo, por supuesto.

## LA DEPRESIÓN

Yo descendí al infierno, pero no resucité al tercer día sino tras tres tristes años de tormento. ¿Cómo sucedió aquella debacle? Nadie se acuesta sano y se levanta con una depresión profunda. No es un mal de estómago, un dolor de cabeza. Una depresión se insinúa de una manera imperceptible hasta que asoma la fealdad de su rostro: una tristeza sin motivo, unas ganas de llorar. No duele nada, duele el alma. La depresión es la muerte en vida. Ahí está el hombre que sufre una depresión, la mirada perdida, alejada en el horizonte, incapaz de centrarse en nada, incapaz de levantarse de un sillón. España ganaba el campeonato mundial de fútbol ¡y yo sin ni siquiera lanzar un grito de alegría!

La primera señal de alarma fue el deseo de arrojarme por la ventana al vacío. Allí fue el momento de acudir al psiquiatra (más tarde hablaré de ella). Cada mañana salía de la cama envuelto en lágrimas, con el deseo de suicidarme para terminar así con ese sufrimiento absurdo y, al mismo tiempo, sabiendo que no debía hacerlo, que si lo hiciese ocasionaría un mal irreparable a mi familia. La lucha era extenuante. Solamente una vez intenté quitarme la vida. En el coche de mi cuñado quise abrir la puerta para arrojarme en marcha, pero afortunadamente estaba puesto el seguro. En otra ocasión, pensando en suicidarme, vi un loco borracho que amenazaba a la gente con un cuchillo. Y tuve miedo de morir, me aferraba a la vida o, tal vez, al derecho a no morir por mano ajena sino propia.

Una de las cosas que más me dolía era escuchar: “pon de tu parte”. A ninguna persona que tiene cáncer se le dice: “pon de tu parte y te curarás”. Se dirá que de ese modo se sobrelleva mejor la enfermedad. Ahora bien, el cuerpo es la periferia del alma y quien está herida es la voluntad misma, el meollo de la personalidad. Querer que el hombre con depresión “ponga de su parte” sería como aquel barón de Münchhausen que salió de una ciénaga tirando de su misma coleta. En la depresión se está como una hoja a merced de todos los vientos. El mayor deseo es tocar una tecla que nos devuelva en un instante a “como éramos antes”.

Y ahora hablaré de mi primera psiquiatra. En la consulta me sonó el teléfono móvil. Yo no lo había apagado. Me había pasado dos horas llorando antes de reunir fuerzas suficientes para entrar en el centro de salud mental. Y entonces la mujer me dedicó una soberbia filípica, unas duras palabras acusándome de mala educación. Y rompí en llanto. La estudiante que tenía a su lado, para aprender, miraba con los ojos abiertos y sin duda pensaría: “¿ésta me va a enseñar?”. Años más tarde, ya salido del pozo hondo, me la encontré en una terraza y tuve la tentación de devolverle sus duras palabras. Pero no lo hice. Pensé que en aquel mes no había realizado todavía ninguna buena acción. Y no es cosa de perder puntos de bondad por si acaso eso del paraíso y el infierno va en serio.

## LA MUERTE

No se debe leer a Unamuno en la adolescencia. Y yo, lamentablemente, lo hice. Si a ello añadimos la súbita muerte de un amigo mío se puede entender que la señora doña Parca estuviese rondando siempre mi cabeza. Aquel dolor por la muerte de mi amigo semejaba al que sintió san Agustín en un caso similar. El joven que piensa en la muerte es un enfermo. Sin embargo, a veces no se piensa. Se nos presenta con su guadaña y su negra vestimenta.

Tal vez sea significativo que el primer recuerdo de mi vida sea la muerte de un familiar lejano. Claro está que el sentido de aquello me resultaba aún desconocido. Un hombre me tomaba de los hombros y me sacaba de una habitación en donde estaba una mujer anciana durmiendo. Las personas allí presentes lloraban y yo no sabía porqué lo hacían.

¿Temo a la muerte? El filósofo griego Epicuro – al que yo confundí con otro en un libro mío – decía que no debemos temerla, pues cuando nosotros estamos ella no está y cuando ella está nosotros no estamos. Pero no es cierto. Ella está presente, pues hoy pensamos en ella como se piensa en una amenaza real y lejana; y si ella está solamente no estamos si el final del hombre es la aniquilación. No existe ninguna religión que pueda sostenerse sin la creencia en otra vida. Goethe no quería encontrarse en el cielo (o el infierno) a un amigo que le molestase por toda la eternidad con la cantinela de “¿ves? te lo dije, te lo dije, te lo dije”.

No concibo una vida tras la muerte sin mi cuerpo, por más glorioso que sea, al decir de san Pablo. Siento un miedo atroz a estar enterrado, aunque ya no sea en el mundo de los vivos. De ahí que prefiero que me incineren y arrojen mis cenizas al viento. La Iglesia católica ha defendido siempre el enterramiento y ahora, a regañadientes, acepta también la incineración. La razón me parece evidente: es más fácil creer que un esqueleto resucita, se levanta, sale como Cristo de su tumba, se cubre de piel, nervios, músculos, etc. ¿Cómo imaginar que unas cenizas dispersas

puedan volver a agruparse para que podamos acudir ante el Tribunal Supremo de Dios? Seríamos juzgados en ausencia.

No quiero tumba ni epitafios. Que yo sobreviva (es un decir) en la memoria de aquellos que he amado y me han amado y permanecen aún con vida.

Será mi último viaje ...

## MIS VIAJES

Aquel capitán tan de mi infancia decía: “en todos mis viajes a lo largo y ancho de este mundo ...”. Pues bien, yo hubiese añadido: “y lo alto”. Me gusta la montaña más que la llanura y, a falta de cumbres altas, buenas son colinas. Desde los picos el hombre se adueña del valle donde los ríos sumisos discurren hacia el mar. Sí, también me gusta el mar. Yo descubrí el mediterráneo, en sentido literal, a la edad de ocho años (los romanos lo habían hecho antes). He visto asimismo el océano Atlántico desde las dos orillas. Sin embargo, el mediterráneo es mi mar, el que me ha mimado la mirada con sus olas.

Hasta los treinta años viajé siempre en tren. De niño, con locomotoras de carbón (aún recuerdo el humo negro) y más tarde en locomotoras eléctricas. Una de las distracciones que teníamos era esperar el paso del tren para saludar con la mano a los pasajeros. Esto haría reír a los niños actuales, pero nosotros éramos felices.

Siendo estudiante universitario, viajando a mitad de precio, pude recorrer una buena parte de Europa. Siempre en tren. Ahora tomo el avión para ir a ciudades “domésticas” como París, Londres o Roma. La primera vez que tome un avión fue para cruzar el charco yendo a las Américas. Tenía tanto miedo que si me hubiese sido posible habría tomado un barco, así tardase dos semanas en llegar a puerto. Claro que también tengo miedo a ahogarme en un naufragio. No sé nadar y, menos todavía, bucear. He cruzado el estrecho de Gibraltar dos veces, con el mar en calma, y una vez el canal de la Mancha con el mar embravecido. Yo no hubiera formado parte de la tripulación de Colón. Me sorprendió ver una reproducción de la nave Victoria en la que Elcano dio la primera vuelta al mundo. ¿En ese cascarón? - me dije aterrorizado. Tal vez en el futuro digan lo mismo de una nave espacial.

Más que viajar me gusta vivir en países extranjeros. Ver mi patria desde lejos de ella. Tener morriña, tener *saudade*. Si me he convertido en turista de una semana es porque no puedo quedarme cinco años. Me hubiera gustado vivir dos formas de vida aparentemente distintas, pero al mismo tiempo semejantes. Ser agregado cultural de la embajada en algún país, conocer a sus escritores, los intelectuales, la alta sociedad.

Cócteles, tertulias, etc. Y, luego, vivir en esos mismos países como cooperante en labores humanitarias. Estar con los más pobres y necesitados. Esa doble visión - arriba, abajo - me hubiera dado una enorme riqueza personal.

Vivir en una nación extranjera, salvo que sea una antigua colonia española como Venezuela (donde viví poco más de un año), supone también hablar un idioma extraño. Hablo francés, con cierta soltura, pero no he vivido suficiente tiempo para ser plenamente bilingüe. Ya no es que tropiece con la gramática, como el vasco Baroja en castellano, sino que muchas veces me doy trompicones y me llevo por delante las conjugaciones. Cuando no se domina muy bien una lengua extraña sentimos un guijarro en el zapato que no nos deja caminar. Saltamos a la pata coja. Quien la tiene como lengua nativa tiene entonces dos pensamientos: uno, “este tipo es un tonto” (bobo viene de bárbaro); otro, “tal vez tiene algo en la cabeza, aunque no lo puede decir”. Yo pertenecía a esta última clase, pero a veces me divertía pasar por la primera, hacerme el tonto.



## LA PATRIA

“Yo soy español, español, español ...”. Pues sí, soy español; pero lo digo sin orgullo ni vergüenza. Soy español como soy varón, moreno, de ojos marrones y no puedo jugar en una liga de baloncesto. Nadie escoge su nación, se la halla impuesta. Nos la encontramos cuando asomamos desnuditos la cabeza llorando en este valle de lágrimas. La patria es la tierra de los padres (y de las madres, dirá alguna) y a estos tampoco los hemos elegido. Claro está, amo a España con un amor filial. En primer lugar mi lengua me ha dado una visión del mundo. No sé cómo puede pensar un esquimal o un bantú. Seguramente de una forma muy diferente a la mía.

Nunca me he sentido más español que viviendo en el extranjero. El “otro” es el que nos define. Cuando trabajé en Suiza me hicieron cantar en una comida de empresa el “que viva España”. ¡Qué sarta de tópicos sonrojantes! No me gusta la España cañí, la que pervive sólo para entretenimiento de turistas. De otra parte, odio la apropiación de España como una posesión absoluta de algunos. Esa España eterna, la suya, la única. Una España republicana y laica es una herejía histórica, una anomalía pasajera. Desafío a cualquier patriota a que sepa la posición ideológica de los aficionados que exhiben la bandera española en un partido de “la roja”. En unas elecciones nacionales no toca exhibir los símbolos nacionales.

Como español de mi generación fui educado en la leyenda “blanca” de nuestra “presencia” – lease conquista – en las tierra de América. Ésta era la defensa de una leyenda “negra”, un invento de los ingleses y demás calaña que envidiaban nuestras colonias o, mejor dicho, nuestras riquezas. Drake era un pirata, no un caballero. Ahora sé que los españoles ni fueron solamente a robar el oro ni tampoco a llevar las almas al cielo. No existe una moneda de dos caras, salvo que se hagan trampas. Y una de las trampas actuales más peligrosas es la de prostituir el lenguaje, retorcer el sentido para hacer decir a las palabras lo que no significan. Confundir “genocidio” con una “conquista militar” es un error que demuestra escasa inteligencia. Un genocidio es la voluntad expresa de extinguir a un pueblo. Ni los romanos pretendían aniquilar a los iberos ni los españoles hacer desaparecer a los aztecas de la faz del mundo.

Actualmente sobreviven en América dos actitudes contrarias: la indigenista y la que puede expresarse como amor “a la madre patria”. Yo, personalmente, no tengo ninguna intención de pedir perdón.

## MIS CREENCIAS

¿Crees en Dios? A esto se podría responder: ¿crees en AM171?. Antes debo saber qué o quién es AM171. Claro que, como dice don Quijote al pedirle un retrato para afirmar que Dulcinea es la más bella, “¿qué mérito hay en confesar lo evidente?” Creer sin haber visto. Sí, pero ¿en qué? Yo creo que he perdido mis llaves porque sé que tenía unas llaves. Dios, por definición, no se puede definir. Esto sería poner límites a un ser ilimitado. Y cerramos el círculo vicioso, volvemos al punto de partida. Yo no sé si existe Dios. Es posible, pues la negación rotunda me parece una arrogancia diabólica. Yo, como Baroja, soy dogmatóforo. Ahora bien, ¿es ese Dios un Dios personal, un abuelito con barbas blancas y un tricorno en la cabeza como símbolo de la trinidad? ¿O bien Dios es la naturaleza, un “sentimiento cósmico universal”, que diría Einstein? Como señala el lema de Montaigne: “que sais-je?”.

Pero yo no quiero dar saltos metafísicos. Como la zorra de la fábula, las uvas están verdes.

Yo fui un niño bastante religioso. En mi primera comunión derramé casi tantas lágrimas como la pecadora Magdalena (no la de Proust, que todo el mundo cita sin haberla mojado nunca en la taza). Y, sin embargo, nunca más me he vuelto a confesar con un sacerdote. Sé que no puede publicar mis pecados, pero, para estar más seguros, los guardo para mí y se los cuento a Dios a solas sin intermediario. Ya de niño tenía la eucaristía, igual que los protestantes, como un acto simbólico (seguramente no usaría esta palabra); pero eso de la “presencia real” me preocupaba bastante. Yo disolvía la hostia (con perdón) en la saliva de la lengua evitando morderla, por si acaso ...

No comulgo por honestidad y respeto hacia los creyentes. Sería una farsa, una mentira, y todos estamos conformes en que mentir y dar falso testimonio rebaja en algo nuestra dignidad humana. Sin embargo, en una ocasión hice una excepción necesaria. Mi hija acababa de comulgar y yo lo hice con ella. ¿Cómo iba a negarme?

Mi adolescencia no apagó en absoluto mi sentimiento religioso. Habiendo leído las *Confesiones* de san Agustín concebí la idea de hacerme monje. ¡Ah, la vida en la montaña, la soledad sonora, el rezo de los hermosos salmos de David, el canto de las

avecillas! Algo, a pesar de todo, no me gustó del futuro obispo de Hipona. No hablo de sus melindres escrupulosos sobre el robo de la peras. ¡Vamos, no es para tanto! Mucha mayor vergüenza debería haber sentido – ¡calzonazos, calzonazos! – permitiendo que su llorosa madre le arrebatase su hijo a otra madre. “Anda, toma el finiquito y te vuelves a tu casa. No eres lo bastante buena para mi niño”. Si existe una *Comisión Pontificia de Revisión de Santidad* estoy convencido de que a santa Mónica se le retirarán las medallas celestiales.

*Nel mezzo del cammin della mia vita ...* (este verso de Dante es absurdo, pues hasta nuestra misma muerte no sabemos si estamos en la mitad). Traspasada la juventud mi catolicismo era residual, una cuestión sociológica. “Católico no practicante”, dicen aquellos hombres para quienes su religión se limita a ir a misa. Yo me casé por la Iglesia, como Dios manda. No lo hubiese hecho nunca en un juzgado y, menos, viviría en un concubinato. Y quiero también que mi hija se case por la Iglesia, en blanco y oyendo el Ave María. ¿Contradictorio, no? Tal vez, sí, contradictorio. Hipócrita, no. La hipocresía juega con las cartas tapadas. El hombre es una contradicción andante. Yo, que nunca he sido un estómago agradecido, tampoco soy un corazón desleal. Sería como votar a la derecha conservadora incluso cuando se desea que, ocasionalmente, logre gobernar. Que la nave de Pedro siga su rumbo, aunque la contemple desde el puerto agitando el pañuelo con nostalgia.

## LA POLÍTICA

Un profesor mío de filosofía me dijo: “tú eres socialista en la política y conservador en la moral”. Yo no sé si la moral es tornadiza, avanzada o retrógrada, aunque, si lo es, da vueltas en torno a un eje fijo. Las faldas podrán acortarse o alargarse, pero la mirada turbia del ojo que se escandaliza es siempre la misma. A menudo me encuentro siendo güelfo entre gibelinos y gibelino entre güelfos. Odio el radicalismo, la desmesura, la falta de proporción. Los griegos tenían una máxima: “de nada en exceso”. Claro está que el exceso de moderación no deja de ser también un exceso. A veces, salvo cobardía, debemos tomar partido abiertamente. Decía Bayle que un buen historiador es aquel que deja insatisfecho a todas las sectas. Yo estoy más próximo al bando imperial que al Papado. En cualquier caso, ya sabemos que esos dos poderes se han espulgado mutuamente en la historia las espaldas. La derecha conservadora – no así la liberal – siempre posee un residuo eclesial. Aceptar que “todo poder no viene de Dios” ha llevado un tiempo para asimilar la idea. Un rey negro, ateo, divorciado y homosexual mejoraría mucho mi opinión sobre la monarquía. Y no porque ésta fuese mejor, que no lo sería, sino porque demostraría que es posible lo que siempre ha sido imposible. En suma, que no somos menores tutelados *in saecula saeculorum*.

¿Soy progresista? El “progre”, como el “carca”, son la caricatura de dos actitudes necesarias: el cambio y la permanencia. Heráclito y Parménides. Pero sólo vale cambiar a mejor y se conserva sólo lo mejor. No podemos quemar las iglesias ni derogar el sufragio universal. Esto son cosas que nos parecen hoy evidentes porque son muy lejanas. El conservadurismo es aquella doctrina que acepta en el presente lo que hace tan sólo medio siglo rechazaba. Por su parte, los revolucionarios son aquellos hombres que desmontan la maquinaria social y luego no saben armarla o, si lo hacen, reconstruyen una todavía peor. Ante esas dos actitudes extremas el reformismo camina lentamente y seguramente hacia un ideal futuro sin hacer tabla rasa del pasado. Al arzobispo Helder Cámara le preguntaron si se definía dentro de la Iglesia

como progresista o conservador. Y el brasileño respondió: “en el coche hacen falta el freno y el acelerador”. El freno evita derrapar, pero – añado yo – es el acelerador el que mueve el automóvil.

La Iglesia es tan sólo un instrumento para anunciar el evangelio al mundo. A veces esa herramienta se mella, se hace inservible. Entonces vienen las reformas internas, los retoques, los *aggiornamenti*, etc. Los partidos políticos son también las herramientas de un determinado pensamiento social. Y degeneran, se adulteran los ideales. Puede gustarnos la música de Bach, pero si la interpreta la banda de Paquito chocolatero ... Pues no, no es lo mismo. Desafina. No me gusta cómo suena hoy la música socialdemócrata contaminada por el viejo comunismo. Nada hay más retrógrado que tropezar dos veces en los mismos errores de la historia.

Yo no voy a llamar – no podría hacerlo sin traicionar mi herencia familiar - a las puertas de la derecha conservadora. Me retiro a los cuarteles de invierno rezando para que el Señor envíe buenos pastores para su pueblo.

## MIS AFICIONES

Además de la lectura, y a muchos tiros de jabalina distante, me gusta jugar al ajedrez. Yo aprendí de niño a mover las piezas. Ya siendo muchacho se celebró la final del campeonato del mundo entre el joven Fisher, el excéntrico americano, y el maduro ruso Korchnoi. Aquello era mucho más que un juego entre dos generaciones de ajedrecistas. Era un combate entre occidente y el gigante soviético. El ministerio regaló tableros de ajedrez a todas las escuelas. El juego no causó mucha sensación entre mis compañeros de clase. Ellos preferían ganar la copa del rey con los pies que capturar a la reina con la mano. Comencé a leer libros de aperturas, pero me aburrí al comprobar que una buena parte de movimientos eran mecánicos. Se habían ya ensayado y se sabía dónde conducían. En cualquier caso, juego ahora contra una máquina en mi ordenador. Gano muy pocas veces a un nivel medio, pero cuando tengo a mi contrincante tecnológico contra las cuerdas y éste me pide abandonar honrosamente, yo le respondo “continuar jugando”. Y así hasta la derrota total en la cual puedo decir: “cautivo y desarmado el ejército enemigo ...”. Y qué placer da el dar el jaque mate. ¡Anda, jódete!.

Otra afición mía es el paseo solitario en la naturaleza. Me gusta caminar por una playa desierta, sin andar pisando toallas. Claro, ¡como a todos! Y, como no es posible en la veraniega estación democrática – yo tengo alma de aristócrata – reservo plaza para el invierno. Me gusta sentarme en las rocas del espigón para leer un libro y una vez una ola altanera castigó mi atrevimiento con un chapuzón completo. Sin embargo, también me gusta caminar por el monte acompañado de amigos. El ginebrino Rousseau cuenta en su *Ensoñaciones* que le gusta pensar caminando. A mí no me resulta tan fácil, pues andar y reflexionar son dos cosas al mismo tiempo ...

Yo no soy peripatético. Entre otras razones porque tengo rigidez de cuello y si uno se detiene para hablar de frente a cada rato ¿a qué viene ese hipo viandante? Me gusta hablar sentado. Yo soy taciturno, pero llego a ser charlatán en la intimidad con media docena de amigos que me estimulan. Amigos inteligentes, aunque esto sea una redundancia.

En cuanto a la música y el cine, sin ser insensible a estas artes, no me puedo considerar un melómano ni un cinéfilo. Un concierto de música clásica, perdón, me aburre al cuarto de hora. Y en cuanto a las canciones preciso conocer la letra, y que ésta no sea sólo una tontería adhesiva. Ahora con internet es fácil saber las letras de las canciones anglosajonas, pero en el principio no fue así. La música es la disolución de las palabras en el aire y la letra la condensación de la música. Yo necesito una música condensada en una lengua conocida. Una canción polaca buena no me atrae como una buena canción italiana.

Por desgracia, no sé pintar, ni cantar, ni tocar la guitarra o cualquier otro instrumento musical. ¡Qué le vamos a hacer! Al menos siempre nos quedará la pluma, y no vayan ustedes a pensar mal.



## GASTRONOMÍA

¿Tiene algún interés para alguien aquello que va a mi estómago y sale por donde debe salir aquello que va al estómago? Tal vez de este tema tan particular se puedan obtener algunas reflexiones generales. En primer lugar, hasta que no salí de mi casa era muy “mono” para comer (desconozco el origen de la expresión). O sea, no comía de todo, mi estómago era selectivo. Me ha hecho falta salir de mi hogar, probar a bastantes cocineros, para que mi estómago ampliase su estrecho repertorio de comidas. Y saliendo primero de mi hogar, y después de mi país, mi aparato digestivo se ha vuelto “cosmopolita”. Quien está abierto a la cocina de otras naciones es más receptivo a la cultura de esas naciones. El estómago mastica los dogmas patrióticos.

Algunos llevan la fe religiosa hasta los mismos platos. Allí donde fueres, come lo que vieres. No me gusta ese estilo de los americanos que viajan a un país para comer en una cadena americana hamburguesas y patatas fritas. Me niego a comer una tortilla española en Japón (me encantan al regreso). Hoy los centros comerciales, tan parecidos unos a otros, han impuesto una globalización uniformadora que destruye la diversidad cultural. Decía Ganivet, con evidente exageración, que dejaría de gustarle la cultura árabe cuando éstos llevarsen reloj de pulsera. Vamos, no hay que confundir el tocino prohibido con la velocidad. ¡Tecnología para todos!

Y opuesta a la cocina “cosmopolita” está la cocina “nacional”. “Come nuestros productos locales”. Existen estómagos tan acostumbrados a lo suyo que son incapaces de deglutir alimentos ajenos. A veces, con notables excepciones, tampoco las ideas. Éstos no suelen haber viajado mucho, y si lo hacen, se llevan en la maleta chorizo, aceite y agua de la *terreta* para la paella. Claro está, yo como la comida de otras naciones sólo en ciertas ocasiones.

Por desgracia, he probado bastantes veces una comida internacional muy peculiar. Y no se trata de que cada pueblo coma distinto, sino que todos esos pueblos se alimentan de lo mismo. Es un alimento universal, pero no es el agua. Hablo de ese gotero que nos cuelga mientras vemos al vecino comerse una jugosa tortilla francesa y un filete de jamón. Yo, que no soy envidioso, he experimentado ese pecado capital en mi estancia en los hospitales.

## LOS JUEGOS

“Yo no he sido nunca un niño”, dice Papini. Pues bien, yo sí lo he sido y, como todos los niños, he jugado en la calle. Hoy no se puede ya “jugar en la calle”. A lo sumo en unos islotes de parques infantiles, unas reservas en medio de una ciudad pensada para adultos con prisa. En mi niñez jugar en la calle era mancharse con el polvo de la tierra sin asfaltar (no había allí ninguna playa, como decían los niños de papá parisinos). Un coche era casi casi tan raro – exagero – como un elefante en Nueva York. La tierra nos permitía jugar a las canicas y la ausencia de automóviles servirnos de ese espacio libre entre las casas como campos de balompié. Siendo niño las corridas de toros eran populares. Todavía no existían los animalistas y sus tontos pareados rimando cultura y tortura. En los reyes magos me regalaron los trastos de torear: montera, capote, espada y banderillas. Hacíamos corridas en la calle, los dedos índice y pulgar en las sienes formando cuernos y los espectadores gritando “olés” agitando los pañuelos. Se llamaba “hacer novillos” a “fumarse” – no teníamos cigarrillos – las clases del colegio. Ahora nadie puede entender ya esa expresión arcaica. No se escapa un niño para emular al Cordobés.

En mi infancia el dinero, los billetes de papel, eran los cromos que salían en las tabletas de chocolate. Cuantos más cromos, mayor era la riqueza del poseedor. Uno de esos ricachones se divirtió un día arrojando cromos por la ventana. La muchedumbre de niños se peleaba para atrapar esos regalos llovidos del cielo. Yo, que rehuyó la masa y me sobra el orgullo, me negué a participar en ese espectáculo denigrante (¿lo haría hoy si fuesen billetes de cincuenta euros?). Una cosa semejante cuenta Rousseau de unos nobles que se entretienen lanzando pastelillos a los campesinos para burlarse de ellos. Aquí no era el entretenimiento inocente de lanzar caramelos a los chicos que gritan “padrino roñoso”. Era la ostentación vergonzosa del saciado noble ante el populacho hambriento.

También jugábamos con tabas (o sea, rótulas de hueso) y con chapas aplastadas para formar equipos de ciclismo. En la República Dominicana vi a unos niños pobres construir barquitos con cañas y bolsas de plásticos. Éstos navegaban por un arroyuelo

que salía de una tubería rota. La pobreza aguza el ingenio, extrema la capacidad inventora.

Hoy los niños, hastiados de estímulos y embobados con la tecnología, se lamentan: “me aburro”.

Yo nunca escuché tales quejas en mi niñez.

## LAS ENFERMEDADES

“En el hospital cada cual siente su mal”. ¿A qué aquí quejarme de mis crujidos corporales? El dolor, como el amor, es una experiencia común de los hombres. Algunos son reservados, como si fuesen ellos culpables, para contar la cacofonía de sus huesos; otros, en cuya clase me encuentro, preferimos divulgar para espantar los achaques propios. Si, ya sé que es molesto, pero ... Que se hayan repartidos entre la gente para que me toque una menor parte. De niño me molestaba que los mayores hablasen como tema de conversación de sus enfermedades: “llevo unos días que me duele ...”, “pues a mi tengo una semana que ...”. A veces estas conversaciones se transformaban en una pugna para dilucidar quién estaba peor. Ahora, por desgracia, formo parte de la cofradía de lamentos y mi hija sentirá el mismo rechazo que yo tenía a su edad.

Mi mayor problema físico es el “mal de piedra”. Esos trocitos de oxalato cálcico pertenecen a la naturaleza. Obedecen sus leyes. Sin embargo, alojados en mi riñón atraviesan sus límites para colarse de rondón en mi alma. ¿Por qué portezuela? ¿Cuál es la aduana? Ignoramos e ignoraremos.

A través de mis lecturas concebí algo así como un panteón de hombres ilustres que sufrieron esta misma dolencia y que, por ello, les tengo una cierta simpatía. Así Montaigne, el escéptico, que montaba a caballo para expulsar los cálculos renales con el galope del caballo. Y Rousseau, el oso *-ours-* -al decir del retruécano de Hume-, vestía traje de armenio para ocultar las sondas que salían desde la vejiga hasta ese apéndice varonil cuyo tamaño suele ser motivo de ociosas comparaciones.

Tengo la débil esperanza de que los fontaneros de las cañerías urinarias logren amaestrar algunas bacterias aliadas que, provistas de pico y pala, agoten mi cantera corporal.

Pero me temo que seré como Sísifo, condenado a subir y bajar eternamente la roca.

## LA VESTIMENTA

“Ya conocéis mi torpe aliño indumentario”, dice el menor de los Machados. Yo soy de la raza del poeta andaluz. El vestido tiene para mí dos funciones esenciales: una, remediar las inclemencias del tiempo; otra, cubrir con el pudor aquellas partes pudendas causantes de malos pensamientos (¿quién ha dicho que son malos?). A éstas se añade una función estética. Vamos, atraer el macho a la hembra y la hembra al macho (a veces las féminas se contentan con rivalizar entre sí en hermosura).

En el paraíso Adán y Eva están desnudos. Esto prueba que no es el vestido un ideal del hombre. El edén, a pesar de los juegos invernales, no se sitúa en un país de nieve, chimenea y gorrito de lana. Un tanto a mi favor. De otra parte, la hoja de parra señala el fin de la inocencia sexual y el comienzo del deseo sexual. Cuando los hombres se visten ambicionan desvestirse.

Odio el frío y, por tanto, odio el abrigo, las capas de cebolla hasta llegar a la epidermis. Ciertamente no puedo librarme de la moda – no voy a usar peluca dieciochesca – , pero prefiero no estar “a la última”. Sé que lo nuevo es lo que antes se queda viejo. De otra parte, me disgustan profundamente los uniformes. Ésta es la razón por la que nunca he sido “explorador”. Me parecen latas de sardinas iguales en la cinta rodante de una fábrica. Yo sé que un jugador debe vestir de blanco o bien de verde para no pasarle la pelota al contrario. Sin embargo, creo que todas las guerras se acabarían si todos los ejércitos tuviesen el mismo uniforme. ¿Cómo saber que no estamos disparando a nuestro coronel?

Yo, que paso un largo rato para combinar un nombre con un adjetivo, gastó muy poco tiempo para conjuntar un pantalón y una camisa. De aquí que se me pueda reprochar “mi torpe aliño indumentario”.

## VIRTUDES Y VICIOS

Yo, Señor, no soy malo. Claro está, tampoco soy bueno. No sé cuál método se usará para separar el trigo y la cizaña en el juicio final. Aquí no sirve el truco de cortar al niño por la mitad. Esta parte al cielo, aquella al infierno. Tal vez sea mejor la imagen de la balanza egipcia. Sin embargo, tenemos el problema de la equivalencia de pesos: ¿cinco mentiras valen el robo de una pera?.

Mis pecados suelen ser de omisión. Soy incapaz de robarle la limosna a un pobre, aunque sí soy muy capaz de robarle el tiempo a mis amigos con mis partos literarios. En mi descarga puedo alegar que tienen el derecho de tirarlos a la basura sin perder un segundo en su lectura.

Tal vez mis virtudes más destacadas sean la honestidad pareja a la sinceridad. Ambas son idénticas. Un fraude al fisco no es distinto a convertir una mentira en una verdad. El gesto y la voz me hacen transparentes. No sirvo para jugar al poker.

En la historia de Roma se cuenta esta anécdota: la plebe, enemistada con los patricios, se retira a una de las siete colinas. Un patricio, enviado como mediador para convencerles de la vuelta, les dice: “el estómago precisa del corazón y el corazón necesita del estómago”. Pues bien, yo siempre he sido un corazón agradecido. No bendigo el pan ni la mano que lo da, sino la bondad que lo ofrece.

Mi mayor defecto es una soberbia digna de Luzbel. También me domina la gula, aunque este pecado capital yo lo sitúo en la escala inferior de los vicios. El converso Papini identificaba el intestino con la serpiente bíblica. Yo no comparto su metáfora zoológica.

No fumo ni siquiera una calada ni bebo ninguna caña. Más que pecados estos vicios menores son pecadillos. Claro está que pueden ascender en la graduación. Un fumador puede transmitir el cáncer a un fumador pasivo y un borracho asestarle una puñalada a su mujer.

## EL TRABAJO

Yo no soy muy trabajador. Claro está, ello no significa que no sea laborioso. La palabra “trabajador” deriva de “tripalio”. O sea, “tres palos” que servían como un instrumento de tortura. En la Biblia se afirma que debemos ganar el pan con el sudor de la frente. Sin embargo, sólo algunos afortunados - ¡ay! - pueden untar el pan con mantequilla y mermelada. Más que picar piedras me gusta construir catedrales. Adán no estaba en el paraíso llevando una “dolce vida” y rascándose tumbado la barriga. Probablemente plantaba zanahorias, escribía sonetos o se devanaba los sesos pensando de dónde le venía el ombligo.

Yo hubiese sido un buen profesor de instituto. Un docente no debe únicamente llenar el cesto con manzanas, sino hacerlas distinguir de las peras. Todos hemos aprendido de memoria las reglas de acentuación. ¿A cuántos se nos ha hecho pensar las razones de los gramáticos para establecerlas? Bastaría hacer observar que la mayoría de las palabras de nuestra lengua son llanas. Si acentuásemos todas un escrito parecería una barra de tapas con banderillas. La cantidad de tildes se debe reducir para no perder el tiempo pinchando los vocablos con tildes.

Mi oficio - en latín “deber” - es bibliotecario, estar entre libros (de distinto pelaje, claro). Esto viene a ser como si un drogadicto trabajase en una farmacia y un cleptómano en unos almacenes. Bebo algunas páginas a sorbos. He ampliado unos centímetros mi cultura con las yemas de los dedos tocando las solapas.

Espero llegar a jubilarme, dejar de trabajar para comenzar a laborar.

Pablo Galindo Arlés

3 de julio de 2023